

CAPÍTULO 7. AUGUSTO MÜLLER MUERE.



Tiene que permanecer indecisa la cuestión de si él, realmente, se quería vengar en la muchacha, según permiten sospechar sus palabras, y de qué tipo iba a ser su venganza. Pues la curiosa señorita, apenas vio la figura bajando por la parra, se asustó por el excesivo efecto de su travesura y huyó hacia la casa. Confuso, Ende se quedó en medio del jardín vacío. Llegó a la puerta de la casa con un par de saltos, pero estaba bien cerrada. No le quedaba otra que la retirada y presintió que tendría problemas. Al bajar se había dado cuenta de que la rejilla había cedido con su peso. Mientras examinaba las varas enfadado, para ver si se podría confiar de nuevo a su firmeza, se dio cuenta de que el regreso le estaba del todo vedado. La puerta de vidrio, que antes él había abierto, ahora estaba cerrada, y, en el brillo opaco que provenía del cuarto, vio que Augusto Müller ya no estaba en la cama, sino que iba y venía por el cuarto.

Miraba hacia arriba con enojo. No podría volver a subir, mientras el enfermo estuviera despierto, a menos que se lanzara a discusiones que, dada la locura de su oponente, lo podían poner en una situación muy risible con facilidad. Determinó esperar y, ya que no le parecía demasiado seductor para sus jóvenes miembros estar de pie sobre el pasto húmedo, se sentó en una banca del jardín, desde donde podía vigilar la ventana iluminada de Augusto. Sobre esta banca lo asaltó el demonio bajo la figura del sueño. Los ojos se le cerraban y sólo se despertó con el frío poco antes del amanecer.

Medio dormido estiró sus miembros, que se habían puesto rígidos; se extrañó del raro lecho donde reposaba y, poco a poco, le vino a la conciencia cómo había llegado a parar allí. Avergonzado se levantó con sobresalto. Él, el sacerdote que ambas mujeres habían dejado como vigía del enfermo, llenas de confianza en él, había desatendido imperdonablemente su deber. Pues se había salido por aventuras amorosas y, por último, se había dormido durante la guardia.

¿Qué habría pasado entretanto? La luz brillaba todavía en el cuarto de Augusto. Rápido se dirigió al balcón. La puerta de arriba estaba abierta de par en par. A Müller no se le veía por ningún lado. Quizá estaba todavía en la cama. Pero era extraño que la rejilla de la parra estuviera ahora totalmente quebrada y arrancada. Él no creía que la destrucción había sido tan cabal. Las tinieblas de la noche debieron engañarlo, mientras que la clara luz del día que despuntaba lo ponía todo al descubierto.

Gracias a Dios que la escalera de mano, con la que Ágata acostumbraba subir al balcón, estaba allí cerca. Veloz la colocó, subió y se deslizó de puntitas en el cuarto. En seguida, se lanzó con toda la energía de su cuerpo contra la puerta del corredor con sus barras de fierro. El cuarto estaba vacío y el enfermo había desaparecido. El pobre vicario golpeó con los puños contra la pared de tablas, que lo separaba de los habitantes de la casa, y gritó a voz en cuello alternadamente: -¡Señora Willen, señora Willen! ¡Señorita Albina, Albina! -Mientras tanto y en el cuarto de enfrente, Albina estaba sentada erguida en su cama; con el rostro pálido de susto y los miembros temblorosos, escuchaba el griterío que llegaba hasta ella. Cuando oyó gritar de nuevo su nombre, saltó de la cama, se enfundó en la bata y corrió hacia su madre. Ella también se había despertado con el ruido; a medio vestir salió por la puerta.

-Albinita -gritó lamentándose-, Albinita, el tío delira de nuevo. No te asustes. Ya lo voy a poner en paz. Ve y acuéstate a dormir.

-¡Ay, mamá, oye nomás, no es el tío, es el vicario! ¡El pobre Pablo! Ojalá el tío no se haya vuelto loco furioso.

Ágata oyó a medias. -¡Lo mata, lo mata! -gritó mientras corría a todo lo largo del corredor, y vaya si podía correr con la hijita tras ella, por el miedo prendida a la bata de la madre.

-¡Señora Willen, abra usted, por el amor de Dios abra usted! -les gritaban a través de la puerta.

-Sí, sí, sólo un momentito. ¡Reúna todas sus fuerzas, señor vicario, agarre al furioso! Voy en su ayuda. No le va a pegar a su propia hermana.

Se abrió la puerta y el vicario cayó en los brazos abiertos de Ágata que tenía en la mano, lista para lanzarla, una botella con agua fría. -¿Dónde está? -gritó-. ¿No tiene usted miedo, señor vicario? ¿Dónde está el hombre feroz? -deslizó la mirada por el cuarto, mientras abrazaba al muchacho maternal y protectoramente.

El sacerdote hubiera preferido que se lo tragara la tierra, tanta era su vergüenza. En voz baja él balbuceó: -Se fue.

Ágata quedó congelada y, ciertamente, hubiera permanecido así, como signo perenne del horrible instante, igual a la mujer de Lot petrificada, si Albina no hubiera soltado una carcajada, atraída por el aspecto del vicario helado y exhausto en los brazos de su atónita madre.

-¿Por qué te ríes, tonta? -vociferó ella llena de rabia y, antes de que Albinita lo presintiera, ya había recibido una buena cachetada. La señora Ágata se precipitó hacia el balcón, sin preocuparse más por la niña, que estaba llorando. -¿Qué dice, usted? ¿Se fue? -dijo entonces y mirando en dirección del jardín vació comenzó de nuevo: ¿Ido? Pero, ¿cómo es posible? ¿Se quedó usted dormido, señor vicario?

Hacía algún tiempo, el pastor Breitsprecher había dicho, para gran decepción de algunas señoras mayores, que el vicario no tenía aún la madurez moral necesaria para ser predicador. Eso que Pablo Ende había hecho, daba la prueba de que el digno pastor había tenido razón. El vicario mintió.

Si hubiera estado solo frente a la señora Willen, seguramente hubiera salvado su ánimo cristiano de pecados más graves. Pero él no debería hacer sospechosa a la linda niña con el pelo suelto que, por su culpa, había recibido una cachetada y que se veía encantadora frotándose la mejilla enrojecida, llorando. No quería que se pensara que había intentado tener o había tenido en efecto una cita con él.

A grandes pasos, contó que había salido al balcón con el enfermo; que le había enseñado a la última enemiga dentro de la caja de cerillos; que la enemiga, esa costosa reliquia, se había caído al jardín, y que él mismo a pedido del señor Müller había descendido por la parra a buscar la joya. Luego, volviendo a la verdad, informó que había sido imposible regresar y que se había dormido en su puesto de observación.

El deterioro moral del sacerdote en ciernes quedó en claro, pues en lugar de arrepentirse, se alegró de modo imperdonable por la sonrisa con que Albina, en medio de su llanto, le agradeció su discreción. En ese momento hubiera negado la esencia de Dios.

Por fortuna no se le pidió eso, pues mientras tanto Ágata había descubierto un sobre con su dirección, junto a la lámpara todavía prendida. Lo tomó y, antes de abrirlo, apagó la lámpara con estas palabras: -¡Qué desperdicio! -Enseguida, tres rostros se inclinaron sobre las hojas que contenían las palabras de despedida que Augusto Müller había escrito: el de Ágata, viejo y rojo de ira; el del vicario, rasguñado por la cepa; y el de Albina, con la mejilla hinchada.

El primer escrito decía así:

En la medianoche del 24 al 25... murió en mí el individuo Augusto Müller. En virtud de mi inherente y sagrado poder, anulo el nombre y la memoria de este muerto para siempre jamás.

El segundo contenía lo siguiente:

En el paso de la noche al día me transformé en un individuo con el nombre de Tomás Mundete, esto como signo de que la duda lo concibió y lo parió; duda que sólo la vida del mundo ofrece.

Ágata desdobló el tercer escrito y leyó:

Hasta el momento en que escribo estas palabras, no creía aún en mí mismo y en mí poder. Poder separarme de ti, calmado e inmovible, me comprueba: la vida como la viví, la dejo atrás y debajo de mí. Con todo lo que fue no tengo nada que hacer, mi obra pertenece a lo que será, al día que me llevará sobre las alas de la aurora, en la mente la duda, en el corazón el mundo. ¡Memorias para el difunto! ¡Esperanza para el vivo!

Tomás Mundete.

A Ágata le faltó la voz, y el caritativo vicario tomó el papel de lector:

P.S. En memoria de la defunción y como señal del renacimiento te lego la última enemiga. Fue la que me picó para sanarme. La caja de cerillos donde reposa, bien la puedes confundir con una digna lápida. ¡Que te vaya bien! Ojalá hayas reforzado las varas de la parra, no sea que me caiga al bajar.

Cuando el vicario quería comenzar a abrir el cuarto escrito, su mirada se dirigió hacia Ágata, que con espasmos se apoyaba en el respaldo de la silla. Él lanzó la hoja a un lado para sostenerla. Albina pescó la hoja y la leyó al vuelo. Un rojo profundo le subió a la cara. Antes de que ella pudiera abrir la boca, la madre se desplomó desmayada con este grito: Está loco.

Nadie se enteró de lo que estaba en la última carta, pues mientras los dos jóvenes ponían a la mujer inconsciente sobre el suelo, la hoja desapareció.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck